

Entre ser escritor y ser arquitecto, una nostalgia¹

Ensayo para una autobiografía proyectual

Agradezco al Centro de Estudiantes de la Carrera de Arquitectura de la Universidad Simón Bolívar (USB) su gentileza, al obsequiarme la oportunidad de participar en las actividades de la semana en la que se celebra la Arquitectura en nuestra Universidad.

Me siento orgulloso de ser un egresado de la USB y muy agradecido con la formación que aquí se me brindó.

De este lugar conservo amistades entrañables. Aquí conocí a personas que iluminaron los inicios de mis esfuerzos por ser arquitecto. Por eso, debo mucho a mis compañeros y profesores. Esa es una realidad que cuido.

Otra realidad es que esta ocasión, precisamente este año, es un acto de resistencia universitaria: cultivo de la autonomía, del libre pensamiento; colocar al conocimiento disciplinado como fundamento de las acciones siempre ha sido un hecho subversivo; más lo es aun en un país tomado por un régimen opresor, que sistemáticamente ha decidido tener a las universidades autónomas de Venezuela tiradas en el piso, con la bota asfixiándolas por el cuello, mientras el funcionariado se aplaude a sí mismo y se disfraza con propagandas que vacían de sentido una a una todas las palabras.

Pero no voy a desplegar reflexiones acerca de la relación entre Arquitectura y Política. Se me pidió que lo hiciese sobre Arquitectura y Literatura, e intentaré cumplirlo, aun cuando a ninguna de las dos puedo comprenderlas ya desprendidas de lo político, pues ambas pertenecen al campo social de la Cultura y este está permanentemente en interacción con los otros dos campos en los que se realiza el hipercomplejo fenómeno de la Sociedad, como lo son la Economía y la Política. Otra manera en que interpreto este tema de los campos sociales es que siempre interactúan los hechos fundados en las necesidades de las personas (economía), las acciones fundadas en las relaciones entre las personas (política) y las representaciones creadas

¹ Este ensayo ha sido escrito con motivo de la *Semana de la Carrera de Arquitectura* en la USB, entre el 10 y el 14/11/2014; para la cual me invitaron a participar en una tertulia del día 11/11/2014, acompañando a Liliana Amundarain y Luis Miguel Isava. La Semana de la Carrera de Arquitectura es un evento anual organizado por el Centro de Estudiantes junto con la Coordinación de la Carrera de Arquitectura, en la que se realizan distintas actividades orientadas por un tema relevante para la arquitectura y la cultura. En esta ocasión, el tema central ha sido *Realidades intermitentes* y el título de la tertulia fue *La literatura crea realidades, no solo las describe*. En la invitación, los organizadores explicaron así el sentido del título: reflexionar acerca de «...cómo generar experiencias y vivencias de un espacio en la literatura...»; rondar la «...idea de generar sensaciones y emociones (espacios sensoriales) a través de la ficción creando así una realidad, siendo esto muy similar a lo que los arquitectos realizamos al momento de proyectar una idea...»; «...generar experiencias y espacios sensoriales a partir de las palabras plasmadas en un texto (libro, poema, etc.)...»; «...trazar un puente entre la literatura y la arquitectura...»; considerar distintas aproximaciones posibles: «...arquitectos que se han dedicado a la literatura...», influencia de la literatura en un arquitecto a la hora de proyectar; influencia de la arquitectura en la literatura; «...crear un vínculo en el que la literatura puede ayudar a los arquitectos y complementar su formación...», (considerando también esa relación en sentido contrario). Dieron como referencia clave en la invitación la obra *Ciudades invisibles* de Ítalo Calvino (1972).

por las personas gracias a la facultades humanas para crear lenguajes (cultura). Dentro de cada uno de los campos hay grados y variaciones que producen más complejidad en el sistema.

Sobre realidades, intermitencia y descripción

Se ha dedicado esta semana para pensar sobre **Realidades intermitentes** y se nos explicó que habría de considerarse «...*la creación del arquitecto (...) más allá del proyectar del taller de diseño y [vinculada] con otras disciplinas, oficios o campos de trabajo.*» Desde ese tópico, para esta breve disertación el título sugerido ha sido el de ***La literatura crea realidades, no solo las describe***. Interpreto que se trata de meditar sobre las relaciones entre Arquitectura y otras formas de saber, particularmente en este caso, con la Literatura.

Permítaseme demorarme un poco en las palabras desde las que se propicia este ensayo.

La idea que alude la palabra **realidades** implica diversidad, multiplicidad y desde estas se alude a lo social, a esa condición esencial de la existencia humana cual es *habitar junto a los otros*. Pero también alude a otra condición esencial de lo humano que es la individualidad, desde una de las potencias del pensamiento que nos otorga nuestra facultad del lenguaje: la interpretación. Hacernos conscientes de la multiplicidad de **realidades** es hacernos responsables de los límites de nuestra percepción del mundo, de las posibilidades de nuestros pensamientos y de las variedades de comprensión que nuestros sentimientos nos permiten; especialmente, cuando interpretamos a los otros y a las cosas que nos acompañan, y que también esencian nuestro habitar en el mundo. Pensar en términos de **realidades** dice que pensamos la posibilidad de *un algo real* pero que nos sabemos falibles al tratar de aprehenderlo. Es un modo del *ser crítico*.

La palabra **intermitente** despierta en mí una inquietud. Es un adjetivo con el que se alude a lo «...*que se interrumpe o cesa y prosigue o se repite...*» y por extensión se aplica a cualquier «*dispositivo que activa y desactiva con periodicidad constante y frecuente...*» a cualquier otro fenómeno que consideremos (sean luces, sonidos, acciones, etc.). Proviene del latín *intermittens*, la cual se compone de la preposición *inter*, que usamos en español como el prefijo *entre* o también como preposición para aludir a una realidad que media, en espacio o tiempo, en relación con otras realidades. La raíz de *intermittens* es **mittens**, una de esas palabras que se sitúa entre ser verbo y ser adjetivo, de la conjugación en presente del verbo latino **mitto**,² que significa *meto*, del infinitivo *mittere*, *meter*. Originalmente este verbo significaba “enviar”, “arrojar”, “echar adelante”; lo que puede comprenderse como una forma de referir a algo que “acaba”, que “termina”. De ahí que el uso la tornó tan polisémica que, por ejemplo, la palabra *misa* deriva de ella, a partir del énfasis puesto en la idea de “despedida”: pues al terminar la ceremonia se decía *"ite, missa est"* (“*vayan, es la despedida*”) –a lo que respondían los fieles *"Deo gratias"*, de donde viene el *adiós*, que quizás hoy decimos demasiado y que, en la experiencia cristiana, implica llevar consigo la palabra recibida y compartirla con otros, en otros lugares y momentos, durante la

² En el [Wiktionary](#) explican que esta palabra latina, en su forma de presente activo, **mittō**, proviene del proto-indoeuropeo **meyth*, **mith* (“intercambiar”, “remover”, “quitar”). Por cambios semánticos, ese sentido original de “intercambiar” se transformó en “dar”, “otorgar” y luego en “dejar ir”, “enviar”. Por cognación (semejanzas morfológicas) se asocia al sánscrito □□□□□ (*methete*, “convertirse en hostil”, “refñir”) y al gótico *maidjan*, “cambiar”. **Mittère** es el presente infinitivo de *mitto*.

cotidianidad de nuestras vidas—. Así, en un primer momento, *meter* aludía a la idea de salida, a terminación o abandono de algo, por lo que denotaba la idea de ruptura de una continuidad, de un estar o de un permanecer. Con el uso, *meter* derivó en lo contrario a su significación original: alude al principio de otra cosa, implica también la noción de entrada. Así, de sacar, apartar, acabar, enviar o arrojar algo hacia un lugar específico; se transformó hasta denotar las ideas de irrumpir, introducir, iniciar, hacer llegar y dejar o quedar algo en ese lugar.³ En cualquier caso, *intermitente*, *entre meter*, significa cambio, es decir, no sigue igual, no continúa, no queda; incluso cambio del cambio mismo, por lo que se crea una continuidad otra; es decir, una *discontinuidad*; si se quiere, cíclica; basada en una o más variaciones. La palabra intermitente es para mí, ahora, otra forma de nombrar la vida.

Describir es un problema hermoso. La manera en que se nos presenta la expresión “*La literatura crea realidades, no solo las describe*” nos dice que a través de nuestro uso del lenguaje creamos realidades (idea con la que estoy plenamente de acuerdo, pues fundados en nuestros pensamientos, actuamos); mas nos sugiere la inferencia de que al describir hacemos un uso no-creativo y por tanto no-poético del lenguaje. Por lo general, en nuestra relación cotidiana con la descripción, como una de las formas en que ejercemos nuestra facultad del lenguaje y por tanto nos aproximamos a la literatura, somos inconscientes de que el “instrumento” –si me disculpan forzar esta palabra– para describir es el yo que cada uno de nosotros es; olvidamos que una descripción no es un “hecho objetivo” a priori sino con base en determinadas convenciones que socialmente acordamos. La descripción que Marcel Proust hace del jardín de las Tullerías en [Los placeres y los días](#) crea en mí una realidad muy distinta a la descripción que del mismo lugar ofrece [ParisInfo](#). En el cuento [Del rigor en la ciencia](#), Borges nos habla de la imposibilidad de una descripción absolutamente exacta y objetiva de un real y, en todo caso, si pudiésemos hacerlo, se crearía otro real que aviene en un conflicto existencial con el que le precedió. Nadie deja de ser quien es cuando describe y en todo caso, desde nuestro ser de arquitectos, en nuestra consciencia crítica de nuestro describir están los fundamentos teóricos del proyectar que guiará nuestro diseñar.

Como ya lo sugerí, comprendo a la Arquitectura y a la Literatura como dos de las tantas formas en que se realiza la Cultura. Con estas palabras no puedo nombrar solo a un excluyente grupo de cosas “selectas”, sino que las pienso como universos constituidos de muy extensos números de fenómenos disímiles que aprecio de muy distintas maneras en diferentes momentos. Dentro de cada una de esas formas de la Cultura comprendo unas determinadas producciones humanas, ordenadas a una razón específica o a un sistema de razones, por lo que constituyen universos extensos de muy numerosas variedades de casos y situaciones que trato de aprehender inteligiblemente; esto es, predico sobre ellos sistemáticamente y los significo desde la experiencia de mi propia vida.

En Arquitectura, la razón primordial es la idea de *espacio*. Con primordial quiero decir exactamente eso: que es la razón primera desde la cual ordenar todo el pensamiento y todas las otras posibles razones desde las cuales pensar. Si se anula la idea de espacio como razón primordial, desaparece la Arquitectura. En el caso de la Literatura, sucede un fenómeno muy curioso: para pensar la razón primordial debo acudir a la razón primordial: la *palabra*. Razón es una palabra que significa palabra y toda palabra es un pensamiento: una construcción del

³ Estudio etimológico basado en: <http://etimologias.dechile.net/latin/> y <http://etimologias.dechile.net/?meter>

intelecto. Razonar es laborar con palabras. Necesito una palabra para aludir a la idea de *palabra*: esa entidad a través de la cual se realiza, de una determinada manera, el pensamiento. *Espacio* y *palabra* son dos de las formas, de tantas otras, en las que se realiza y se funda el pensamiento. Nuestro pensar sucede como una estructura hiperestática, sustentada simultáneamente sobre varias fundaciones. Pienso que la palabra es más que el espacio y que el espacio está hecho de palabras. Me resulta curioso que para pensar el espacio, puedo y necesito asistirme de las palabras; a través de ellas puedo manifestar mi pensamiento aún antes de que se materialice en el mundo. Digo *arriba*, *abajo*, *adelante*, *atrás*, a los *lados* y he creado un sistema de relaciones desde los cuales prever que podré disponer parte de la materia del mundo en este exacto sitio en el que estoy aquí, para hacer un *techo*, o un *suelo*, o unas *paredes*, es decir, cosas con las que mediar la relación entre mi existencia y el *Cielo*, entre mi cuerpo y la *Tierra* o entre mi *yo*, *ya* y mi primera imaginación: los *Horizontes*, esos lugares donde, por la precariedad de mi percepción y por mi potencia poética, es decir, por la posibilidad de pensar o, si se quiere, imaginar, se unirán *Cielo* y *Tierra*.

Podría detener mis reflexiones en este punto: la persona como centro y motor de toda realidad; la insistente hechura de cambios que son el vivir; y las ideas de *espacio* y *palabra* como razones primordiales para pensar las relaciones entre Arquitectura y Literatura.

Podría detenerme ahí, pero creo que he sido muy abstracto y me sentiría muy agradecido si se me concediera la oportunidad de comentar algunas cosas más desde mis percepciones que, quisiera creer, no estarán del todo mal fundadas en las ideas que ya esboqué.

Un tono: la nostalgia

La posibilidad de escribir estas reflexiones hizo vibrar en mí una *nostalgia*.

Ante todo, por regresar a esta sencilla edificación donde comenzamos a *ser arquitecto*: el Galpón de Arquitectura de la USB; en cuyos pasillos nos hemos encontrado ustedes, nosotros, generaciones de jóvenes que no conoceremos y aquellos quienes nos precedieron desde el primer día en que se pronunció aquí el primer saludo de la primera clase.

Pero allende el lugar, presiento la nostalgia porque como escritor me pienso desde su impulso.

La nostalgia asociada a estas estancias me hace pensar en una forma de familia. He adoptado familias porque me desprendí de la mía buscando mi vida. Cuando quise regresar no pude: ya no existían las casas; ya no estaban quienes me amaban sin merecerlo, aunque yo no lo comprendiese. La nostalgia es como llegar a la casa de nuestra familia de origen sin traer buenas nuevas; un poco derrotado, quizás no tanto; y además saber que ya no están ahí, que ya no hay *mi casa*, sino otra realidad a la que ya no se pertenece, a la que habría que ganarse el derecho a pertenecer.

Y *la casa*, se sabe, es una palabra intensamente polisémica que se hace cuerpo y paisaje; anhelo y monumento; relato y forma; realidad y roca.

A través de la escritura trato de restaurar las ruinas de mi casa.

Pienso en la *nostalgia* porque no tengo una palabra más precisa para describir lo que siento y creo. No se trata de la nostalgia en un sentido etimológico estricto, es decir, como el padecimiento de un deseo de regresar,⁴ por haber sufrido alguna pérdida. Quizás pudiese ser una *añoranza*,⁵ si ese dolor que se padece estuviese particularmente matizado por la ausencia de una persona; o tal vez podría ser una *saudade*,⁶ si ese matiz tuviese como centro a una sensación de soledad, que no llega a ser del todo triste; o una *melancolía*, si sobre todo se tratara de padecer la exaltación de la tristeza.⁷ Son todas palabras que pensamos como sinónimos, aun cuando estos, en sentido estricto, no existen, son siempre una adaptación, una forjadura.

La *nostalgia* es la poética que me ha caracterizado tanto desde el *ser arquitecto*, como desde el *ser escritor*.

Curiosamente, hace pocos días, alguien me dijo “*tienes que hacer tus cosas por ti mismo y dejar de apoyarte en el trabajo de los demás*”. Eso me dolió. Fue una manera de decirme que piensa que no tengo iniciativa, pero también, otra manera de reconocer quién soy: alguien que echa raíces en la nostalgia, alguien que aprende a amar lo que le preexiste.

El arquitecto que soy no duda de que su deber sea mirar al futuro. Pero mi personalidad está afinada desde la nostalgia. Y creo que esto es así porque lo que hago está siempre marcado por un respeto a lo que preexiste, por una gravedad que me ancla a la tierra. Estas son cosas que no gustan hoy día, cuando la estética dominante está caracterizada en mucho por las ideas que comentaba Italo Calvino,⁸ impulsadas por un frenesí de inventar.

Al escribir soy nostálgico: presiento una pérdida; contemplo un vacío. Por eso la memoria ha sido la cantera desde donde mi deseo de escribir se nutre. Los recuerdos son un manantial. Es curioso, porque soy una persona con muy mala memoria. Pero recordar es la fuente de la que surgen mis impulsos de escritor. Creo que incluso lo que quisiera decir mirando hacia un futuro, como esto que hoy intento, solo puedo hacerlo cuando convierto en recuerdo lo que aun no he podido pronunciar.

Porque de la nostalgia a la que me refiero alude a una sensación de pérdida por lo que hemos podido ser, por lo que aún no somos y no sé si podremos serlo. No es exactamente una *nostalgia de futuro*, expresión con que la poeta Jacqueline Goldberg interpretó a Jacques Braunstein cuando lo acompañó a escribir sus memorias. Diría que se trata más bien de una *nostalgia de ser*, si tal cosa fuese posible.

⁴ **Nostalgia.** (Del griego νόστος, regreso; y *-algia*, también del griego *-αλγία*, de la raíz de *ἄλγος*, elemento compositivo o sufijo que significa 'dolor'). 1. f. *Pena de verse ausente de la patria o de los deudos o amigos.* 2. f. *Tristeza melancólica originada por el recuerdo de una dicha perdida.* DRAE.

⁵ **Añorar.** (Del catalán *enyorar*). *Recordar con pena la ausencia, privación o pérdida de alguien o algo muy querido.* DRAE.

⁶ **Saudade.** (Del portugués *saudade*). *Soledad, nostalgia, añoranza.* DRAE.

⁷ **Melancolía.** (Del lat. *melancholĭa*, y este del gr. *μελαγχολία*, *billis negra*). 1. f. *Tristeza vaga, profunda, sosegada y permanente, nacida de causas físicas o morales, que hace que quien la padece no encuentre gusto ni diversión en nada.* 2. f. *Med. Monomanía en que dominan las afecciones morales tristes.* 3. f. ant. *Billis negra o atrabilis.* DRAE.

⁸ **Levedad, rapidez, exactitud, visibilidad, multiplicidad y consistencia.** Calvino, Ítalo (1988) [Seis propuestas para el próximo milenio](#). Traducción: Aurora Bernárdez y César Palma. Madrid: Siruela, 2ª, 1998.

En todo caso, lo que yo pueda decir aquí poco importa o no importa más que un grano de arena en el lecho de un pequeño pozo, de un riachuelo, donde ese pozo somos los arquitectos de Venezuela en la actualidad. El agua del riachuelo son los estudiantes de arquitectura de este tiempo, en este país y el río, del que este riachuelo es afluente, es la Arquitectura en nuestra sociedad.

Vivir entre ser arquitecto y ser escritor

Ciertamente, la relación entre ambas formas de ser puede considerarse desde distintos enfoques, como bien nos sugerían los organizadores de este encuentro. Podríamos discurrir entre el caso de los arquitectos que se han dedicado a la Literatura, o estudiar casos acerca de cómo esta influye en un arquitecto al proyectar, o indagar cómo la Arquitectura quizás ha podido influir en un escritor. Un arquitecto que se ha dedicado a la Literatura, entre nosotros, es Federico Vegas, de quien destaco *Amores y castigo*; de un arquitecto sumergido en la literatura, al proyectar, recuerdo con admiración al Giuseppe Terragni que leo a través del *Danteum*. De la influencia de la Arquitectura en la Literatura – ¿o será viceversa?– no puedo dejar de pensar en los laberintos recorridos por Jorge Luis Borges.

Por mi parte, la aproximación que hago del tema tendría que ver acerca de cómo se influyen los momentos durante los procesos creativos de ambas formas de lenguaje. Por una parte, el ensueño y la caverna, como momentos de una tensión fértil entre el poeta y el filósofo. Un segundo momento sería el del anhelo creador y la ilusión de la existencia. Un tercer momento es el de *nostalgia de ser* en un espacio existencial. Ejemplifico esos momentos con tres textos: *Por el camino de Swann*, de Marcel Proust; *Las ruinas circulares*, de Jorge Luis Borges; y los poemas *Caracas* y *Algunas palabras*, de Eugenio Montejo.

Pero otra forma de aproximación que también intento es el de la *Autobiografía proyectual*, aludiendo directamente a la *Autobiografía científica* escrita por Aldo Rossi, la cual está inspirada en la de Max Planck. En tanto para mí la Literatura es un determinado universo que abarca tanto lo sensible como lo inteligible, en todos los grados posibles de esos fenómenos de la experiencia humana, una particular manera de vivir la Literatura ha sido a través de los libros y lecturas que me han formado en *teoría de la arquitectura*, es decir, uno de los modos de manifestarse el *ser arquitecto*.

Yo no sabía que quería escribir aunque todos los signos, vistos retrospectivamente, estaban ahí desde hacía tiempo. Como le escuché decir al escritor chileno Antonio Skármeta, comencé a escribir porque, siendo un niño en tercer grado, me enamoré perdidamente de una compañera, un día de lluvia, subiendo por unas escaleras, cuando ella vestía una caperuzita amarilla. Me aterraba acercármele, pero le escribía extensas cartas en la que le contaba cómo seríamos al “casarnos”. Evidentemente era un monstruo, imenos mal que ella nunca me hizo caso ni se asustó!

Quería escribir y no lo sabía. Momentos que recuerdo con particular gozo tienen que ver con trabajos escritos que hice en distintos cursos durante mi formación universitaria.

En *Teoría, Historia y Crítica de la Arquitectura*, el inolvidable José Miguel Roig nos puso a leer a Corbusier, *Hacia una Arquitectura* y lo odié (a Corbusier, no a Roig). Tanta aversión sentí por

el paradigmático arquitecto de los volúmenes bajo el sol, debido al modo como se expresaba en contra de los arquitectos, que durante casi toda la carrera evité hacer algo que se pareciera a lo que él hacía. Hace pocos años lo volví a leer y no paré de reír ante su astuta retórica y sus rabietas; aunque en honor a la verdad, ya las cosas en su sitio, diría que casi siento veneración ante sus obras.

En compensación, durante mis años de estudiante, descubrí a Louis I. Kahn a través de Christian Norberg-Schulz y los he amado desde entonces. Cuando escribo de arquitectura quisiera hacerlo como Kahn lo hacía: con religiosa pasión y también como Norberg-Schulz: con claridad y erudición (pero no se le pueden pedir peras al olmo). Por Norberg-Schulz supe de Martin Heidegger, pero tardé mucho en tener una mínima madurez para intentar acercarme a comprender lo que leía.

El profesor Lorenzo González Casas me obsequió una mirada a la ciudad desde la lectura de la *Breve Historia del Urbanismo*, de Fernando Chueca Goitia. Ahí se nos explicaba la ciudad moderna desde datos de población, política y economía que atravesaban mi ser como si fuese un gas inerte (sin nobleza). En cambio, no ha habido un solo día en el que al pensar la ciudad todo se hilvane desde una cita que Chueca hace, de unas palabras de Ortega y Gasset: «...*la ciudad es un ensayo de secesión que el hombre hace para vivir fuera y frente al cosmos...*». Esas lecturas adquirieron un indeleble resplandor a través de los talleres con los profesores Jorge Núñez y David Gouverneur. Si tengo alguna sensibilidad por la ciudad, se la debo especialmente a ellos tres.

Con José López Rueda leí a Rómulo Gallegos, sus ensayos. Tal fue el aliento que me obsequió durante el curso, que en esas vacaciones leí todas sus novelas. En ese momento supe que pasé por el bachillerato como un zombi. Creo que nunca quise estar ahí. Comencé a vislumbrar lo que la literatura podía significar en mi vida gracias a ese curso con el profesor López Rueda. Él me dio una patria cierta, la Literatura, *hecha toda horizontes, como la esperanza; toda caminos, como la voluntad*.

Y es en la Literatura donde he podido transitar un camino con menos miedo y dolor que en la Arquitectura. En mi experiencia, el camino de la Arquitectura está lleno de conflictos, de enfrentamientos y yo detesto las peleas, nunca aprendí a luchar. Aborrezco las guerras y su envilecedor imaginario. Me empobrece el alma la idea de vencer, de anular al otro. Esa actividad me enferma, me hace sentir muerto. Por eso sé que siempre perderé, porque no me siento ni con alegría ni con el pleno derecho de ganar, cuando ganar implica alguna forma de que el otro pierda, humille o reduzca su humanidad. Por eso detesto tratar de convencer a nadie. Convencer es vencer al otro, en especial utilizando su ayuda, sus debilidades. Me siento culpable cuando me descubro tratando de convencer a alguien de algo en lo que yo creo; porque siempre me cuestiono acerca de la validez de lo que pienso y del derecho que yo crea que pueda asistirme para tratar de lograr imponer lo que pueda llamar "mi" razón. Por lo menos en este país, que es el único que creo que conozco y del que apenas puedo hablar, el arquitecto actúa tratando siempre de convencer a alguien. Esto sucede así por varias razones; la que destaco por encima de todas es que en Venezuela pensar no vale nada; y la Arquitectura es, ante todo, pensar. Así que en Venezuela, un país que se odia cuando se piensa, el arquitecto tiene que imponer, más que defender sus ideas. Si mis ideas ni siquiera son mías, qué derecho tengo de convencer a nadie de ellas. La motivación al poder por el poder anula nuestra motivación al logro. Soy mal arquitecto porque detesto convencer y vivimos en una sociedad en la que las personas están más necesitadas, habituadas y motivadas a vencer, antes que a compartir, recrear y lograr versiones,

es decir: **conversar**. Conversar es respetar y apreciar al otro. Esto es algo que veo magistralmente realizado en la práctica y obras de Ignacio Cardona y su estudio de Arquitectura, Ecología y Paisaje (AREPA), uno de los arquitectos contemporáneos que más admiro.

Caminar hacia adelante, oteando hacia atrás, siendo *el hombre invisible*. Esa cosa absurda soy yo. El primer poemario que tuve en mis manos me lo obsequió mi entrañable amigo Henry Vicente: *Odas elementales*, de Pablo Neruda. Es algo que aún no le he agradecido lo suficiente. Fue ese día, en Chacaíto, saliendo de la Librería Lectura, que Henry me enseñó un camino (así como haría varios años después, cuando puso en mi escritorio la convocatoria a un concurso de oposición en la FAU UCV, gracias al cual pude llegar a la que es hoy la casa que me ilumina y por la que apasionadamente intento ser ucevista).

Varios años más tarde, Henry puso también en mis manos una fotocopia del famoso ensayo de Heidegger, titulado *Edificar, morar y pensar*, en la sensible traducción de Alberto Weibezahn Massiani, publicada en el primer número del Boletín del Centro de Investigaciones Históricas y Estéticas de la FAU UCV, en Enero de 1964. Ese texto ha sido cardinal en mis años de profesor universitario y mis meditaciones a partir de él han estado siempre en contrapunto con las conversaciones en los talleres y amistad que tuve la dicha de cultivar con mi tutor Emile Vestuti y que aun tengo la suerte de mantener con Enrique Larrañaga.

Acompañado de la profesora Graciela Pizarro leí *La piedra que era Cristo*, de Miguel Otero Silva. Mi aliento espiritual halló otra tierra en la que adaptarse, a través de las esmeradas conversaciones que sostuvimos.

Con el profesor Francisco Barbadillo llegó Jorge Luis Borges. Nos enseñaba a redactar a partir de analizar artículos de ese inigualable escritor (no fui un estudiante destacado, evidentemente). Algún tiempo después, Borges regresó acompañado de Henry para quedarse definitivamente conmigo y juntos me llevaron a visitar *ciudades invisibles*. Aún merodeo por ellas. Soy el Asterión que una vez creyó hallar una salida de su laberinto. Sentí tanto terror que desesperadamente busco de nuevo el centro.

Curiosamente ese centro es un *patio*, pero sé que también es un *balcón*. Son dos centros; por lo tanto, es una dimensión: la de la nostalgia. Un *patio* en el Banco Obrero, en las afueras de Angostura, muy cerca del mercado periférico; y un *balcón*, entre la Ciudad Bolívar de mis padres y la *Ciudad Alianza*, del poeta Igor Barreto. Esos son los espacios desde los que creo se funda todo lo que he intentado hacer, como arquitecto y como escritor. Curiosamente, son lugares en los que estoy *adentro* y desde donde todo lo demás es *afuera*. Por ellos, afuera es siempre un adentro en el que circunstancialmente no estoy. Siempre estoy en un adentro que me esmero en comprender.

Por eso el cuento de *Las ruinas circulares* es uno de mis paradigmas. Nada de lo creado comienza realmente si no sueño primero el latir de un corazón: una palabra. Y aún después de haberlo creado, de haber trabajado durante días en su hechura y desarrollo, ¿qué significa realmente?, ¿quiénes somos al hacernos?

Un día, casi al final de mi pregrado, en el corredor norte de este galpón, en uno de sus salones, en una clase con Lorenzo González, Henry y otros compañeros recitaron *Caracas*, de Eugenio Montejo. Una vez más, gracias a Henry supe de Eugenio, de su *Terredad* y di muchas vueltas, hasta que una noche, solo, en Angostura, leí el libro más importante de mi vida. Esa

noche, llorando luego de leerlo, deseando haber escrito esos poemas, supe que ya no podría vivir sin intentar contemplar a la Poesía a través de la Literatura y de la Arquitectura.

Como en el cuento *Casa tomada*, de Julio Cortázar, hoy sucede una ocupación que lentamente me arroja *fuera de mí*. ¿Podrá el adentro que soy resistir este vórtice hacia una indigencia?

Por el momento estoy aquí, como un arquitecto *intermitente*, que ayuda a crear realidades hechas lugares imaginados, *editopías*, cuando acompaña a pensar, cuando conversa, con quienes se sueñan arquitectos.

Mientras tanto, entre palabras y melodías, una flor sigue perfumando el río.⁹



⁹ *Viajera del río*, letra y música de Manuel Yáñez, Ciudad Bolívar, 1999? Interpretada por Francisco Pacheco, en el concierto por el 25° aniversario de Serenata Guayanesa, en el Teatro Teresa Carreño, de Caracas, 1996 (recogido originalmente en el CD titulado *Una amistad de 25 años*, por el sello Sonográfica). Disponible en [Youtube](#). Imagen: Rincón de apartamento, Claude Monet (1875); óleo sobre tela. Tomada de: [Los Grandes Museos de Europa. El museo de Orsay](#). ACTA producciones. CD-ROM, 1999